

su amante había subido hasta la divinidad, y por medio del amor había ella bajado hasta la humanidad. Los éxtasis del uno y las sensaciones de la otra, pues, acababan de juntarlos y hacerlos casi de la misma naturaleza. Mientras él, por la meditación y las inspiraciones á esta meditación consiguientes, tomaba complexión divina, ella, por los impulsos y las voluptuosidades múltiples de su enardecida naturaleza, tomaba complexión humana. Y era preciso juntarlos si no querían los dioses inmortales tener una muerta en su armonioso coro. ¿Qué divinidad podía resistir á estas demandas envueltas en suspiros y en lloros? El rey fué divinizado por los dioses, y al seno del Narana subido, feliz con su bella Urvasia una eternidad.



## NATALIKIA

---

El anciano Adgigarta veía blanquear en parte y en parte caerse los cabellos, surcársele de arrugas el rostro, de sombras oscurecérsele poco á poco la vista, y sentía grande necesidad moral de no morir todo entero en su muerte y participar de lo futuro, de los tiempos y edades por venir, como participan los ancianos, con la mediación de su descendencia, la cual, á manera de un luminoso rayo, penetra en las jóvenes generaciones y vence y sojuzga la muerte. Adgigarta podía fácilmente lograr su deseo por tener un hijo llamado Visahagana en quien librar las esperanzas de su corazón y vincular las transmisiones de su vida. Este hijo había crecido en la casa paterna, cooperando á los sacrificios del padre y aprendiendo los signos y los cantares védicos. Pero, hermano mayor y único de jóvenes hermanas, huérfano de madre, necesitaba enlazarse con her-

mosa doncella, no solamente para granjear al padre la querida familia futura, sino para dirigir y cultivar la familia presente. Los arias, es decir, las razas que han dado al mundo así el arte como la ciencia en sus ideas progresivas, fueron desde su aparición monógamos y levantaron en los hogares suyos otros tantos templos á la mujer allá en las edades que podemos llamar evangélicas, por haberse los vedas escrito en su transcurso, antes de que la teocracia corrompiese ¡oh! esta pureza del alma humana y de la humana vida. Separados los arios del semita y del semitismo por la monogamia, exentos de aquellas propensiones poligámicas manifiestas en los primeros patriarcas bíblicos, tenían de común, por su parte, con la raza israelita, el empeño de celebrar matrimonios entre parientes. Ya podían éstos hallarse lejos; el padre de familia, que necesitaba casar un hijo, expedíalo en busca de sus allegados y deudos, con el fin de conservar así más pura y más encendida la sangre de sus abuelos en las venas de todos. Ningún dolor tan terrible para un ario de los establecidos en la India como caer de unas razas superiores en otras inferiores, y ninguna precaución tan conducente á evitar esta desgracia como el matrimonio entre afines.

Así, el anciano de quien hablamos, conjuró á su hijo para que tomase dos elefantes blan-

cos, de los más hermosos producidos por la comarca, y cargándolos con aquellos tapices que desafiaban en sus bordaduras las colas del pavo real, con aquellos argénteos y áureos vasos parecidos á lunas los unos y los otros á estrellas, con aquellas sederías y aquellas gasas de cachemira tan blandas como lucientes, con aquellos perfumes transportados á la India desde los pueblos iraníes, con todas las riquezas habidas á mano, se partiese para la región de Mitila, y buscase allí la prima suya, que debía requerir primero como novia y desposar luego como única y perdurable mujer. El mancebo, conector de que la prima designada por su padre tenía otras hermanas tan hermosas como ella, le preguntó qué iba él á contestar, en caso de turbarse la paz de aquella familia por sus preferencias, si le reconvenía de algún modo brusco y duro su tío, quien pudiera decir que había ido allí á llevar, no la tranquilidad y el amor, el odio y la guerra. Aconsejóle al mancebo su padre para conjurar tal peligro que multiplicase los presentes según el número de las primas, quienes, á la sazón, eran cuatro, y consiguiese con esta igualdad en sus regalos conjurar el peligro. Pero el joven le contestó que, deseosas las mujeres de casarse, tomando estado y teniendo la dirección de su hogar, iban á molestarse las desahuciadas, tanto más cuanto que debía preferir, según

los mandatos de su padre, á todas, la menor ó más joven. Entonces el padre, cediendo á esta observación y dejando á los dioses una parte principalísima en el matrimonio de su hijo, convino con que no tomara por esposa la que designó él, sino la primera entre sus primas encontrada en su camino y vista por sus ojos, á cuyo cuello debía, en cuanto la viese, arrojar el tahalí de las desposadas. El novio prefirió este método, aunque más incierto, á la concreta designación anterior. Y cargando en los elefantes los perfumes, las sederías, los metales dados por su padre, tomó el camino en busca de la mujer que debía dirigir la familia, hermosear la casa y hacer feliz, completamente feliz, aquel su corazón, obediente siempre á los mandatos de Brahma y sujeto á la superior autoridad y ley de su padre idolatrado.

Emprendió Visahagana su peregrinación desde la casa del padre á la casa del tío, y allí donde ponía la planta iba viendo y observando todo cuanto pasara. Y no sólo viendo, sino también preguntando á los viandantes con suma insistencia sobre lo que ocurría, para cerciorarse del país y de las costumbres en el país arraigadas. Llegado cerca del sitio adonde sus pasos dirigía, llamóle por extremo la despierta y natural atención largo trecho de lustrosísimos arrozales que levantaban y erguían sus

tiernas cañas de las aguas, muy bien dispuestas para su nutrición y para su cultivo. Y habiendo preguntado al cultivador, que acompañaba los esfuerzos y los instrumentos del trabajo con alegres canciones, á quién pertenecían aquellos campos, díjole á Nimi, es decir, al padre de la novia por él requerida, su ya mencionado tío. Luégo, más lejos, encontró un ganado hermosísimo y numeroso de jóvenes, despiertas y gozosas ternerrillas. Nada que halague la vista como un ganado joven y robusto de tales animalejos, cuya estampa, piel, cornamenta, leche, carne y faena, tanto sirve al hombre y contribuye tanto al común trabajo. Regocijado el joven peregrino á la vista de aquellos animales que pacían con descuido, sin dejar por eso de mirarle con atención, clavándole sus ojos profundísimos, también preguntó al pastor de quién eran, y también le dijeron cómo eran de su futuro suegro. Luégo encontró elefantes cargados con las más ricas frutas y hasta las más preciosas telas. Llevaban los unos cargas de sandías, más verdes que las esmeraldas por fuera, y por dentro más rojas que los rubíes. Llevaban otros cargas de higos frescos y rayados, con la leche de la higuera en sus pezones y en sus coronas la miel. No faltaban tampoco, en aquella especie de gran frutería movable, frutos tan gustosos como la rica granada, que refresca el pa-

ladar y los labios con su rojo refrigerante zumo. Además, algunos elefantes llevaban cargas de aquellas lanerías de Cabul que desafiaban en delicadeza, en color y en finura, la más preciada sedería. Llámase padial en sanscrito al conductor de elefantes. Y el novio preguntó al padial de aquellas bestias á quién pertenecía tanto rico producto. Igual respuesta que las anteriores siguió á su pregunta. Así no era mucho que Viashagana, confundido por lo que iba de su propia familia viendo, se preguntase con empeño dentro de sí qué hacía él en vista de tanta y tan copiosa riqueza con llevar aquellos mezquinos presentes.

Siguió su camino el viandante, maravillado por todo lo que había visto, y confuso en la comparación de su pobreza con los innumerables, y copiosísimos, y múltiples bienes de su futuro suegro. Al pasar un arroyo dió de manos á boca, en la orilla opuesta de la que hollaba él, con un grupo de muchachas, las cuales gorjeaban á porfía, diciéndose mutuamente gracias y contándose, mezclados con las gracias, sabrosísimos cuentos. A pesar de su riqueza, como por estos tiempos védicos todo era sencillez y alegría en la fecundísima India, lavaban aquellas muchachas nada menos que la vajilla de su hogar en el agua clara y corriente. Destacábase con fuerza y vigor entre todas la bella Natalikia,

requerida por el joven, á cuyo amor la señalara su padre. Y como viera los elefantes que traía y los regalos puestos sobre estos elefantes, adivinó, sin mucho esfuerzo, quién era él, y, para con regocijo agasajarle y con hospitalidad recibirle también, le dijo quién era ella. Oirlo el joven y quedarse abortado, como si algo sobrenatural pasase por sí, fué obra de un minuto. El amor no sentido hasta entonces, ese amor que todo lo transforma, y todo lo engrandece, y todo lo purifica, sobrecogióle en aquel momento y le hizo por completo su vasallo. Así es que le faltó tiempo al joven peregrino para sacar el tahalí que se destina en las Indias para las novias y colgárselo al cuello, como yugo que debía juntarlos y uncirlos en el gobierno y dirección de la misma casa. Natalikia, no solamente llevaba este su nombre propio, llevaba también el nombre de la madre de su novio, por haber sido su madrina en el bautizo indio, que daba tres abluciones á los niños con agua pura y fresca. Sobre la mullida hierba, bajo los árboles floridos que llovían su polen regenerador, arrullados por las palomas de las cercanías que buscaban su comida en el hueco de las manos puesta por aquellas vírgenes, iban los dos novios, y eran por tal modo gallardos, y se miraban el uno al otro con tan extraño éxtasis, y se decían al oído mutuamente palabras tan sono-

ras y tan dulces, que Nimi, su padre, al ver y descubrir la feliz hermosa pareja, quedóse como estático en su presencia, y presintió los bellos y venideros capullos prometidos en sus ramas por aquellos dos aromados rosales en cuanto el amor los fecundase. Rodeaban á Nimi sus otras hijas, las cuales debían quedar por más tiempo doncellas en su hogar, y á causa de tal estado y situación, veían muy doloridas y muy celosas el bellissimo espectáculo de los sendos y mutuos amores entre aquellos felices jóvenes de su propia familia. El novio, cuando vió á los suyos, á todos aquellos que buscaba en peregrinación tan por extremo larga y penosa, bien que coronada por una salida tan feliz y por un resultado tan próspero, cumplió todos los ritos de su culto y saludó á todos, inclinando el cuerpo hasta tierra y poniéndose la mano con respeto religiosísimo en la frente. No hay para qué decir la satisfacción interna y el gozoso júbilo con que vería Nimi el enlace de su hija Natalikia, la menor entre todas, á sobrino suyo tan amado como el joven y apuesto Visahagana, en todas aquellas comarcas muy querido por sus altas prendas y por sus numerosísimas virtudes.

El joven distribuyó los presentes, conforme las prescripciones de su padre Adgigarta, entre las hermanas de su mujer. Y hecho esto pidió la novia,

que le fué concedida, pudiendo, merced á esta concesión de Nimi, el suegro, llevarla consigo á la propia casa. En blanco elefante veíase la joven Natalikia, tan apuesta como erguida, y tan satisfecha como enamorada. Avisado en sueños Adgigarta de su arribo, salió á la puerta del hogar y los bendijo con sus manos y con sus palabras trémulas, pronunciando las antiguas fórmulas contenidas en los sacros ritos. Aquella religión india era el culto de las trilogías. Aire, tierra y agua se confundían en la unidad superior del fuego, alma del universo. Vichnú y Shiva se confundían en Brahma, también alma de la divinidad, mientras el esposo, la mujer y el hijo se confundían en la familia, en esa familia que también puede llamarse vida y espíritu de las modernas sociedades. El padre les dijo cómo debían unirse por un amor indisoluble si no querían degradarse hasta entrar en cuerpos inferiores. Todo matrimonio, según los consejos de la religión védica, debe huir al triste olvido, y superar cualquier causa de disgusto. Marido desdeñoso de su mujer, y mujer desdeñosa de su marido, bajo las maldiciones de Brahma caerán á una en el infierno. Nada destruye tanto la posteridad como el exceso en los goces del amor. Por eso les aconsejaba la continencia y la castidad, como el freno mejor á todos los desarreglos y á todos los apetitos. Y